



Rubén Darío

Salomón de la Selva

# Su vida es una agitación perfecta

## Hildebrando A. Castellón

La obra de Darío no está destinada a crear prosélitos o admiradores en las clases populares, porque él es el hombre de los cenáculos y sus jueces deben ser iniciados en el arte y rubricados en la aristocracia de las letras.

Representante genuino del dandismo literario, es el artista de las finas pinceladas, de los ricos y delicados coloridos y de las variantes más caprichosas. La música de un Gounod o de un Cimarosa, como los cuadros del Corregio o las acuarelas de Watteau, deben sumergirle en exquisita reverie.

Su producción literaria ha pasado en revista el vasto escalafón de la poesía castellana. Todos los métodos y todas las escuelas modernas y aun antiguas, denuncian su filiación en el maremagnum de esa erupción continua que forma su bagaje intelectual.

Su vida es una agitación perpetua con oscilaciones impulsivas que denuncian la perseverancia, y medrosos desfallecimientos que exhiben su timidez. Es una novela de interesante trama.

Su naturaleza pasional, su carácter de indecisión y apocamiento moral, han creado alre-

dedor de su vida una como atmósfera donde la tristeza, el dolor, las decepciones, las esperanzas desvanecidas, las emboscadas de la traición, la intranquilidad, la incertidumbre, forman el casco de ese globo dirijible que lleva por timonel la ilusión que es la rosada esperanza de algo mejor.

El secreto de sus triunfos literarios está más en la exageración de sus concepciones y en la música sui géneris de sus palabras, en la trascendencia de sus ideas o la tenacidad de una lucha intensa por un ideal de belleza. La biografía analítica de Rubén Darío sería su muerte, su condenación. Su obra hay que contemplarla de lejos como las Madonas de Rafael o la Gioconda de Vinci: su proximidad las desfigura.

Hay gentes que prefieren la literafura de las ideas a la literatura de las imágenes o de las palabras floridas, para esas no hará historia Rubén Darío, pero todos encontrarán en sus escritos, sensaciones vivas, observaciones picantes, emociones sinceras, que estoy seguro aceptarán con beneplácito para figurar en el interesante capítulo destinado al estudio íntimo del espíritu y corazón humanos.

La filosofía del laureado bar-

do, es como su literatura: ningún sistema, ni escuela le monopoliza. A veces se le observa lleno del acabado misticismo cristiano, salmodiando con piadosa devoción la enseñanza bíblica, ora entona cantos panteístas, ora aparece como excéptico o incrédulo.

Darío, cuando habla, nos hace a veces el efecto de un viejo sibarita, o mejor, de un venerable cura de aldea, apegado a las costumbres clásicas, con la suntuosidad de la tradición, que exige se hable en voz baja, pausada, a veces entrecortada, sembrando de adjetivos y cuentos la conversación, y recordando así aquellas figuras de Balzac. A veces parece distraído, y sucede con frecuencia, con gran sorpresa de sus íntimos, que pierde la memoria de los hechos que no han herido su cerebro o sacudido violentamente sus nervios.

Socialmente es un tímido. No pertenece a esos hombres de refulbrón, de espíritu atrevido que hacen su fuerte de lo imprevisto, diletantes de salón, caballeros de la pulcra forma, que exhiben en sociedad su desembrazo y habilidades como saltimbanquis en un circo. Modesto, pero amanerado, revela sobre su semblante los reflejos de una nostalgia indecible.

Como ciertos espíritus cultivados y nacidos en el vaivén de la vida mundana. Darío es un gran "gourmet". Su paladar amestrado distingue con singularidad los refinamientos del arte culinario y sus capacidades técnicas para el arreglo de un menú, son proverbiales entre sus amistades.

Posee Darío, no solamente hábitos de refinamientos que se reclaman del occidente y del oriente, sino que como Bolívar, que vaciaba en pocas semanas más de treinta mil duros en las capitales de Europa, nuestro poeta suele a veces ser más que un generoso, un pródigo, y la leyenda cuenta que una demi mondaine, cantada por Víctor Hugo, Marion Delorme, le hizo disipar en ocho días, muchos millares de francos.

Rubén es el incomparable rizador de pensamientos, que ha sido aclamado por las huestes intelectuales de América, príncipe de la poesía castellana, la crítica, con su escalpelo iridado y el tiempo con su noche de olvido, dirían mañana si esta exaltación fue usurpada, o si merece consagrarla, reservándole un palco de honor en la historia literaria de los siglos XIX y XX.